

cuando al sonido de la campana, que es como una trompeta espiritual, se levantan los religiosos y se congregan para el oficio de la noche, se congregan también invisiblemente los enemigos invisibles. Unos se esfuerzan, tan luego como hemos despertado, y nos hacen dulce violencia para que nos acostemos nuevamente, persuadiéndonos que podemos quedarnos en el lecho, hasta que hayan terminado las oraciones é himnos que preceden al canto de los salmos, y que es todavía muy temprano para ir á la iglesia. Otros nos inspiran que salgamos de ella por un motivo aparentemente razonable. Otros nos mueven á hablar en ella : otros á que nos apoyemos en la pared, y otros á que hostecemos y riámos con el fin de irritar á Dios con nuestra inmodestia. Unos nos excitan á indevoción, para que pronuncieamos muy ligeramente los versículos, y á que lo hagamos con demasiada y negligente pausa : otros, por último, nos cercan de tal modo, que nos tienen cerrada la boca, y hacen que nos cueste mucho trabajo el abrirla.

Pero el que considera con vivo sentimiento de su corazón, que está en la presencia de Dios durante la oración, permanece cual firme columna, sin que le engañen los demonios con ninguna de estas ilusiones. Es muy contrario al respeto que se debe á Dios el pensar durante la oración en cosas inútiles é impropias. Así es que es preciso regular el tiempo que ha de emplearse en ella y en el trabajo, pues así lo ordenó expresamente el ángel en tiempo del gran san Antonio.

4° Como las vigiliass eran una de las principales ocupaciones de los solitarios, nos enseña san Juan Clímaco en el grado décimo noveno de su *Escala santa* los ejercicios que practicaban durante el silencio de la noche. Unos, dice, dirigen á Dios sus votos y súplicas, teniendo sus manos elevadas hacia el cielo : otros permanecen de pié ante la Majestad divina, cantando salmos é himnos : otros se de-

dican á leer las sagradas Escrituras : otros combaten el sueño con el trabajo manual á con la meditación de la muerte. Dios aceptaba los homenajes de todos ellos, y los recompensaba según el fervor y la piedad de cada uno.

Los exhorta vivamente á que practiquen estos ejercicios, y condena á los que se abandonan á un sueño excesivo : pues el ojo corporal que vela, dice, purifica el del alma, y un sueño prolongado oscurece la luz del espíritu. El solitario que ama á Dios, al oír entonar el oficio, dice lleno de gozo : Anímate, anímate ; mientras que el perezoso dice con pena : ¡ ay ! ¡ ay !

De las vigiliass corporales pasa san Juan á la vigilancia interior, que recomienda mucho. Así como el mercader, dice, cuenta al cabo del día la ganancia que ha realizado, así el solitario virtuoso examina despues del canto de los salmos el fruto que ha sacado. Velad, pues, atentamente sobre vosotros mismos, y vereis que los demonios, no pudiendo sufrir el que los hayais combatido durante la oración, se esfuerzan á su vez en combatiros, ya procurando que les deis vuestros últimos pensamientos, cuando os vais á acostar, ó los primeros cuando os vais á levantar.

5° Lo que dice san Juan Clímaco en el grado vigésimo acerca del temor afeminado, tiene por objeto fortificar la pusulanimidad de algunos anacoretas, á quienes el demonio turba con vanos temores. Díceles que este temor procede de que no tienen suficiente confianza en Dios, y se apoyan en sus propias fuerzas : pues el que es verdadero siervo de Dios le teme sólomente como á soberano Señor ; mientras que el que no le teme, teme su propia sombra.

GRADOS XXI, XXII

San Juan Clímaco habla en estos grados de la vana gloria y del orgullo ; más como ya hemos hablado en otro

lugar de estos vicios, nos extenderemos muy poco en ellos.

1º Hace notar que la vana gloria es una pasión mentirosa, que nos representa de una manera muy diferente de la que en realidad somos, haciéndonos ostentar virtudes de que carecemos, y ocultar los defectos que tenemos: que nos hace perder el fruto de nuestros trabajos: que es un enemigo doméstico que nos arrebató las virtudes: que es el precursor del orgullo, y por último, que nos hace naufragar en el puerto. Como el sol derrama su luz sobre todos los seres, así la vana gloria derrama su veneno sobre todas las buenas obras. El solitario que se halla dominado por ella es doblemente miserable, pues mortifica su cuerpo sin sacar fruto de sus austeridades. Dios nos cierra frecuentemente los ojos, para que no veamos nuestras virtudes; pero si nosotros los abrimos para mirarlas con complacencia, al punto huyen de nuestra alma.

El que se gloria en sus cualidades naturales, nunca gozará de los dones sobrenaturales. Cuando alguien empiece á alabaros, repasad al punto vuestros innumerables pecados, y vereis que no son merecidas las alabanzas que se os tributan. A la manera que un gusano se convierte en mariposa, y toma alas, así también la vana gloria engendra el orgullo, que es el colmo de todos los vicios.

2º Hé aquí el retrato que del orgullo hace el Santo. Es, dice, una renuncia de Dios, una invención del demonio, un desprecio de los hombres: es el autor de los juicios temerarios, un funestísimo efecto de las alabanzas que se nos tributan, una señal de la esterilidad del alma, la privación de los auxilios divinos, el precursor del endurecimiento del corazón, la causa de las más grandes caídas, la materia de la epilepsia espiritual, el manantial de la cólera, la puerta de la hipocresía, el más fuerte apoyo del demonio, el fiel guardián de nuestras ofensas, el cruel autor de

todas las inhumanidades, y el olvido de toda compasión.

El principio del orgullo es el colmo de la vana gloria: su progreso es el desprecio del prójimo, la ostentación de los trabajos, el amor de las alabanzas y el odio á las reprehensiones. Su fin es la renuncia á los auxilios de la divina gracia, una presuntuosa confianza en las propias fuerzas, y una posesión espiritual del demonio. Cuando un alma cae en el pecado, es señal de que ántes se ha elevado insensatamente por el orgullo. El solitario soberbio contesta siempre con violencia y acritud; pero el humilde no se atreve á mirar al que le reprende. El altanero desea mandar, y aún cuando de ello le resulte su ruina, prefiere perderlo todo con tal de mandar.

Un anciano muy virtuoso é ilustrado reprendió un día á un religioso jóven, por haberse dejado llevar del orgullo, y este ciego espiritual le respondió: Perdonadme, padre mio, yo no soy orgulloso. A estas palabras replicó el anciano: ¿ De qué manera más clara podeis decir que lo sois, sino diciendo que no lo sois?

Las personas habituadas al orgullo deben someterse á un director, escoger el género de vida más grosero y despreciable según la estimación de los hombres, y aplicarse á leer los ejemplos heroicos de humildad que nos han legado los santos Padres, para llenarse de confusión.

## GRADO XXIII

En este grado trata san Juan de los pensamientos de blasfemia que excitan los demonios en el alma, y lo que dice es muy conveniente para consolar á las personas piadosas, que son algunas veces atormentadas con estos pensamientos horribles, y que llegan hasta á desesperar de su salvación. Muchos solitarios se han visto atacados de ellos, como aparece de lo que dice este Santo, y de lo

que hemos expuesto al hablar de la doctrina de san Nilo. Lo que dice san Juan es tan sólido y consolador, que si no fuera por la necesidad de abreviar, lo expondríamos íntegramente.

« El demonio que tienta de blasfemia, dice, es el más cruel de todos cuantos tenemos que combatir, y lo más temible es que nos cuesta mucho trabajo descubrir estas sugestiones al médico espiritual de nuestras almas, por lo cual muchos han caído en la desesperación. En el momento mismo en que se celebra la santa Misa, en esa hora terrible, en que se ofrece sobre nuestros altares el más grande de todos los misterios, ese monstruo execrable viene á inspirarnos pensamientos de blasfemia contra Jesucristo, y esto es precisamente lo que nos hace conocer que estos pensamientos proceden de la malicia del demonio: pues si fuesen nuestros, ¿ como podríamos adorar, como lo hacemos, este don que recibimos del cielo? ¿ como podríamos á un mismo tiempo bendecirlo y maldecirlo? »

Este seductor de las almas ha llevado á muchas hasta la extravagancia; pues nada hay tan difícil de manifestar como estos pensamientos, lo cual es causa de que algunos los dejen corromper en su alma hasta el fin de la vida. Por eso nada hay que dé tanta fortaleza al demonio, como el tener ocultos estos pensamientos.

Que nadie, pues, se considere culpable por tenerlos: el Señor vé claramente los más acultos repliegues de nuestro corazón, y sabe que no son nuestros, aunque estén en nosotros, sino de los demonios, nuestros enemigos.

Cuando oramos, se levantan estos pensamientos contra nosotros mismos; pero se retiran, cuando en lugar de fijarnos en ellos, continuamos nuestra oración: pues de ordinario no combaten sino á los que se entretienen en combatirlos.

No sólomente nos tienta el demonio inspirándonos estos

pensamientos, sino que nos hace proferir interiormente malas palabras, para que abandonemos la oración y caiamos en la desesperación. A muchos ha separado de la participación de los santos misterios con estos artificios: á otros los ha sumido en la tristeza, y les ha movido á hacer excesivos ayunos, y á que no se permitan alivio alguno, y ha llegado hasta á persuadirles que no pueden abrigar esperanza alguna de salvación, y que son peores que les infieles.

El que se siente turbado con estos pensamientos debe tener por cierto que no proceden de su corazón, sino sólomente del demonio, y en su consuencia, debe despreciarlo á imitación del divino Maestro, y decirle sus mismas palabras: *Vete, Satanás: porque escrito está: al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás*<sup>1</sup>.

El que desprecia á este enemigo se libra de su tiranía; pero el que pretende combatirlo con otras armas que con el desprecio, se encontrará cada vez más sometido á su poder. Un solitario muy virtuoso, que durante veinte años se vió atormentado por este demonio habia mortificado su carne y secado su cuerpo con ayunos y vigilias; pero viendo que no lograba ahuyentarlo, escribió en un papel la situación en que se hallaba su espíritu, y fué á entregarlo á un santo varón, postrándose en tierra, y no atreviéndose á mirarlo. El anciano, despues de leer el papel, se sonrió, y levantando al religioso, le dijo: Hijo mio, pon tu mano sobre mi cuello: yo tomo tu pecado sobre mí, tanto por lo pasado como por lo porvenir: no te aflijas pues. Esto fortaleció al religioso de tal manera, que aún no habia salido de la celda del anciano, y ya habia desaparecido la tentación.

<sup>1</sup> Math. iv, 10.

## GRADO XXIV

San Juan Clímaco habla en este grado de la dulzura, en cuanto es opuesta á la cólera, y de la sencillez, que es opuesta á la malicia.

1º Dice de la dulzura, que consiste en sufrir con santa insensibilidad las incomodidades que nos proporcione el prójimo, y en orar por él: que rompe las agitaciones de la cólera, como la roca que se halla en medio del océano rompe las olas que la azotan: que es el apoyo de la paciencia, la madre de la caridad, la ayuda de la obediencia, y el vínculo de la sociedad fraterna.

El corazón de los dulces es el trono de Dios; mientras que el de los turbulentos y coléricos es el tribunal en que preside el demonio. En el alma dulce y apacible asienta la sencillez, y el espíritu colérico y violento es un manantial de malicia.

Un dia se encontraron un colérico y un trapacero, en cuyas palabras nada habia de sólido y sincero: pues quién hubiera visto al descubierto el corazón del primero no habria encontrado en él más que insensatez y locura, mientras que en el del segundo no descubriría más que refinada malicia.

2º La sencillez es opuesta á la doblez: permanece insensible á la corrupción del espíritu y á la depravación del corazón: se halla siempre llena de júbilo santo y exenta de todo artificio: es una intención recta que no busca ni sutilezas y subterfugios para esquivar la verdad: es tan sincera en sus acciones, como sencilla y sin afectación en sus palabras.

La malicia, por el contrario, es la ruina del corazón: es un abismo de mentiras; un hábito de engañar: un

orgullo constituido en naturaleza, un enemigo mortal de la humildad.

Si deseamos que Jesucristo venga á nuestros corazones, acerquémonos á él con sencillez, sin artificio, sin doblez, sin malicia y sin curiosidad: porque quiere que las almas que se le acerquen sean sencillas para que sean humildes; pues la sencillez es inseparable de la humildad.

Así como la ciencia, según el Apóstol, hincha y llena de vanidad á la mayor parte de los hombres, así también puede decirse que la sencillez es compañera inseparable de la vanidad. Combatid y trabajad por desengañaros de vuestra falsa sabiduría, pues de esta manera encontrareis la salvación de vuestro alma en la sencillez de vuestro corazón.

## GRADO XXV

San Juan Clímaco expone muy extensamente este grado, que se refiere á la humildad, y á la que llama exterminadora de las pasiones. Habla de ella como de una virtud tan sublime, que confiesa que, despues de haber conferenciado con muchos solitarios para definirla con propiedad, todo lo mejor que puede decirse de ella es, que es una gracia que no puede ser conocida sino por los que la practican: que es un don del cielo, un tesoro inefable, y uno de los nombres del mismo Dios: pues Jesucristo, que es verdadero Dios, dice: *Aprended de mí que manso soy y humilde de corazón*<sup>1</sup>.

La penitencia nos eleva al cielo: las lágrimas llaman á su puerta, y la humildad es la que la abre. Así como el sol ilumina todas las criaturas visibles, así la humildad dá valor y mérito á todas nuestras acciones.

<sup>1</sup> Math. xi, 29.

El que es verdaderamente humilde de corazón no corre peligro de perder la humildad con discursos vanos y presuntuosos. Un día apareció el demonio á uno de los más ilustrados religiosos, tributándole grandes alabanzas : pero éste con gran sabiduría le dijo : Si dejas de alabarme, me hará concebir tu silencio una opinión ventajosa de mí mismo ; pero si continuas alabándome, me servirá para conocer la depravación de mi corazón.

Habiendo pretendido también el demonio sugerir pensamientos de vanidad á otro solitario, se levantó, y escribió en los muros de su celda los nombres de las más eminentes virtudes : la caridad perfecta, la humildad evangélica, la oración pura, la castidad incorruptible y otras semejantes, diciéndose á sí mismo : Cuando yo posea todas estas virtudes, será cuando pueda conocer cuán léjos estoy de Dios.

El que posee la humildad no tiene ni apariencia de odio, ni el menor signo de contradicción, ni la más insignificante señal de desobediencia. Los valles que producen en abundancia granos y frutos, son figura de las almas humildes, que, hallándose en medio de las montañas de la vanidad y del orgullo, permanecen firmes en los sentimientos de su bajeza.

La humildad es un velo divino que cubre nuestras buenas acciones, y las oculta á nuestros propios ojos : es un abismo en que nos perdemos á vista de nuestra nada, y este abismo es impenetrable á los ladrones de nuestra alma.

El conocimiento de sí mismo es como la primera semilla de la humildad, sin el cual no puede florecer esta virtud en nuestra alma. El que se conoce á sí mismo conoce cuanto debe temer á Dios, y con este temor llegará á la puerta del amor. Si queremos conocernos bién, no dejemos de examinarnos bién, y si con un verdadero sentimiento de nuestro corazón nos ponemos debajo de los de-

más, estemos persuadidos de que la misericordia de Dios está cerca de nosotros.

Todos los que entran en la carrera de la vida religiosa por otra puerta que lo de la humildad, son como ladrones de su propia salvación.

Hay diferentes maneras de practicarla según los diferentes medios que pueden proponerse. Unos se sirven del recuerdo de sus pecados : otros piensan en lo que Jesucristo ha sufrido por ellos, considerándose infinitamente deudores á su bondad : otros se humillan viendo las continuas imperfecciones en que caen y las tentaciones que sufren, y otros, en fin, lo hacen tanto más, cuanto más grandes son los favores que reciben de Dios, y cuánto más indignos se consideran de ellos, mirándolos como nuevas deudas que jamás podrán pagar.

La humildad y la caridad son dos fieles y sabias compañeras : la una nos levanta hasta el cielo ; mientras que la otra nos impide caer cuando hemos sido levantados. Un alma será tanto más fértil en virtudes y en flores celestiales, cuanto más profundice en el conocimiento de su nada. El que se conoce bién á sí mismo no emprende con temeraria presunción cosas superiores a sus fuerzas ; sino que se contiene en el dichoso sendero de la humildad, y por él camina con entera seguridad.

Todos podemos salvarnos sin tener revelaciones, ni el don de profecías, ni el de los milagros ; pero nadie puede entrar en el cielo sin la virtud de la humildad. Dios, por un designio admirable de su misericordia y para humillarnos, permite que los demás conozcan mejor que nosotros nuestras propias llagas, á fin de que no atribuyamos su curación á nuestra sabiduría, sino á los consejos de nuestro prójimo y á los auxilios de la divina gracia.

El que tiene un espíritu humilde odia su propia voluntad, y se deja dirigir por su padre espiritual, pues no es ménos

trabajoso al humilde fiarse de su propio juicio, que al soberbio someterse al de otro.

Si el orgullo ha sido capaz de convertir en demonios á algunos ángeles, ¿quién duda que la humildad pueda convertir en ángeles á los hombres que viven como demonios? Hé aquí porque no deben nunca perder su confianza en Dios los que han tenido la desgracia de caer en la culpa.

Si tomáis las armas para combatir contra cualquier vicio, llamad siempre en vuestro auxilio á la humildad. Ella camina sobre la cabeza de los aspides y basiliscos, de los leones y de los dragones: ella quebranta con sus pies todos los vicios y todos los monstruos del infierno. La humildad, por último, es una santa y divina máquina, que tiene la virtud de sacar al alma del abismo de sus pecados, y de atraerla hacia el cielo.

GRADOS XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX Y XXX.

Después de haber hablado san Juan Clímaco muy extensamente de la humildad, trata de la discreción en el grado vigésimo sexto, y del reposo de la vida solitaria en el vigésimo séptimo; pero no nos detendremos en ellos, porque en lo relativo á la discreción no hace más que repetir algunas máximas que ya ha expuesto en los grados precedentes, y lo que dice del reposo de la vida solitaria conviene especialmente á los anacoretas.

En cambio, lo que dice en el grado vigésimo octavo acerca de la oración puede ser de mucha utilidad para todo el mundo. » Cuando os pongais, dice, en la presencia de Dios, y vayais á hablar con él en la oración, no lo hagais sin la conveniente preparación; purificad ántes vuestras almas de todo resentimiento; pues de otra manera no sacareis ningún fruto de vuestras oraciones: sean éstas

sencillas y sin afectación, pues el publicano y el hijo pródigo inclinaron á su favor la justicia y la misericordia divina con una sola palabra.

Comencemos siempre la oración con una acción de gracias muy sincera: continuémosla con la humilde confesión de nuestras faltas acompañada de un vivo arrepentimiento, y después expongamos á Dios, como á Señor de todo cuanto existe, nuestras suplicas y necesidades. Este modo de orar es muy excelente, como en otro tiempo lo reveló un ángel á un solitario.

No busqueis en vuestras oraciones palabras muy elegantes, ni al hablar con Dios, hagais largos discursos. Cuando os halleis afectados con alguna palabra conmovedora que pronuncieis, deteneos en ella, y aún cuando hayais llegado á la cumbre de la virtud, no dejéis de pedir á Dios el perdón de vuestros pecados.

Trabajad en vuestras oraciones por elevar vuestros pensamientos al cielo, ó encerradlos en la meditación de algunas palabras santas. Si vuestro espíritu cae en la distracción por hallaros en la debilidad de vuestra infancia espiritual, tened cuidado de levantarlo al punto.

El primer grado de la oración consiste en rechazar con la vista del espíritu todas las distracciones en el mismo momento en que se presentan. El segundo en retener el espíritu en la meditación de las oraciones que recitamos, y el tercero en un transporte del alma á Dios.

Cuando en unión con otros asistimos de pié al oficio de la Iglesia, contentémonos con humillar interiormente nuestra alma en la presencia del Señor. Pero cuando oremos sin ningún testigo de nuestras acciones, unamos á la humillación del alma la del cuerpo, portrándonos en la presencia del Señor, pues en los que son imperfectos el interior se conforma ordinariamente con el exterior.

Cuando hayais pedido durante largo tiempo alguna